

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 10 DE SEPTIEMBRE DE 1896

NÚM. 303

MUSICOS CELEBRES



GOUNOD.

TU SUEÑO

(CUENTO DE ACTUALIDAD)

Edelmira es una joven guapísima de quien se han enamorado todos los mancebos de la comarca.

Vive en un valle florido, poblado de azucenas y claveles.

También abundan los rosales, y tan copiosos y tan robustos son que á su sombra puede cestearse.

Más de un galán se ha ocultado detrás de alguno de ellos para acechar á la hermosa.

Edelmira, risueña siempre y coqueta, se ha vuelto de pronto meditabunda y reflexiva.

Pasa las horas ensimismada, y su boca, fresca antes y sonriente, permanece ahora mustia, callada y no permite que la risa resbale por sus labios de coral rosa.

¿Por qué?

He aquí la explicación del misterio:

Edelmira está enamorada de un ideal.

Por unirse al hombre forjado en su imaginación daría la mitad de su vida.

¿Existe ese hombre ó es una creación de la fantasía?

Existe; ella lo ha visto; lo que no sabemos es si lo han visto sus ojos ó su imaginación.

Lo cierto es que Edelmira está locamente enamorada.

¿Sabiendo que el padre de Edelmira la adora con verdadero frenesí, por qué la muchacha no le dice «Amo á Fulano?»

Porque el padre al saberlo, impulsado por su amor, buscaría al mortal afortunado, aunque se escondiera en los abismos más profundos, y en bandeja de plata se lo ofrecería á su adorada hija.

He aquí por qué.

Una gitana de ojos negros como la mora y tez cobriza, una de esas bohemias ambulantes que dicen la buena ventura, ha infundido tal terror en el pecho de Edelmira, que ésta no se atreve ni á despegar los labios. «En cuanto declares tu amor,—le ha dicho,—MORIRÁS. Pronunciar el nombre ó descubrir las condiciones del hombre que domina tu alma *equivale á morir*. Es tu padre quien ha de ADIVINAR Á QUIEN AMAS. Y tal tono supo dar á sus frases, tal convicción logró llevar con ellas al alma de Edelmira, que aterrada ésta no hace más que gemir y llorar en silencio.

El padre, creyendo enferma á su hija ni duerme ni sosiega. Mil preguntas le ha dirigido que han quedado sin contestación.

A la cien veces repetida, á esta «¿Estás enamorada?», ha contestado Edelmira: «Sí».

—¿De quién?

—No puedo decirlo. ADIVÍNALO.

—¿Dime quien es?

—Adivínalo. Su nombre es un secreto que nadie ni nada podrá arrancar á mi corazón. Sino lo adivinas estoy perdida.

Y esto lo ha dicho con tal firmeza que el padre se ha convencido de que su hija no descubre el secreto, no soluciona el conflicto con una revelación.

Sabe que se trata de mal de amor, pues no sabe más.

Cuantas sutilezas puede inventar el ingenio, otras tantas ha puesto en juego el padre inútilmente.

Todo ha sido en vano.

Han visitado individualmente á la chica todos los médicos de veinte leguas á la redonda y... nada.

Se han reunido más tarde en consulta y parodiando á los doctores de *El rey que rabió*, han declarado que *podría ser esto ó no serlo* diciendo al final de la conferencia que lo único que sabían era... que *no sabían nada*.

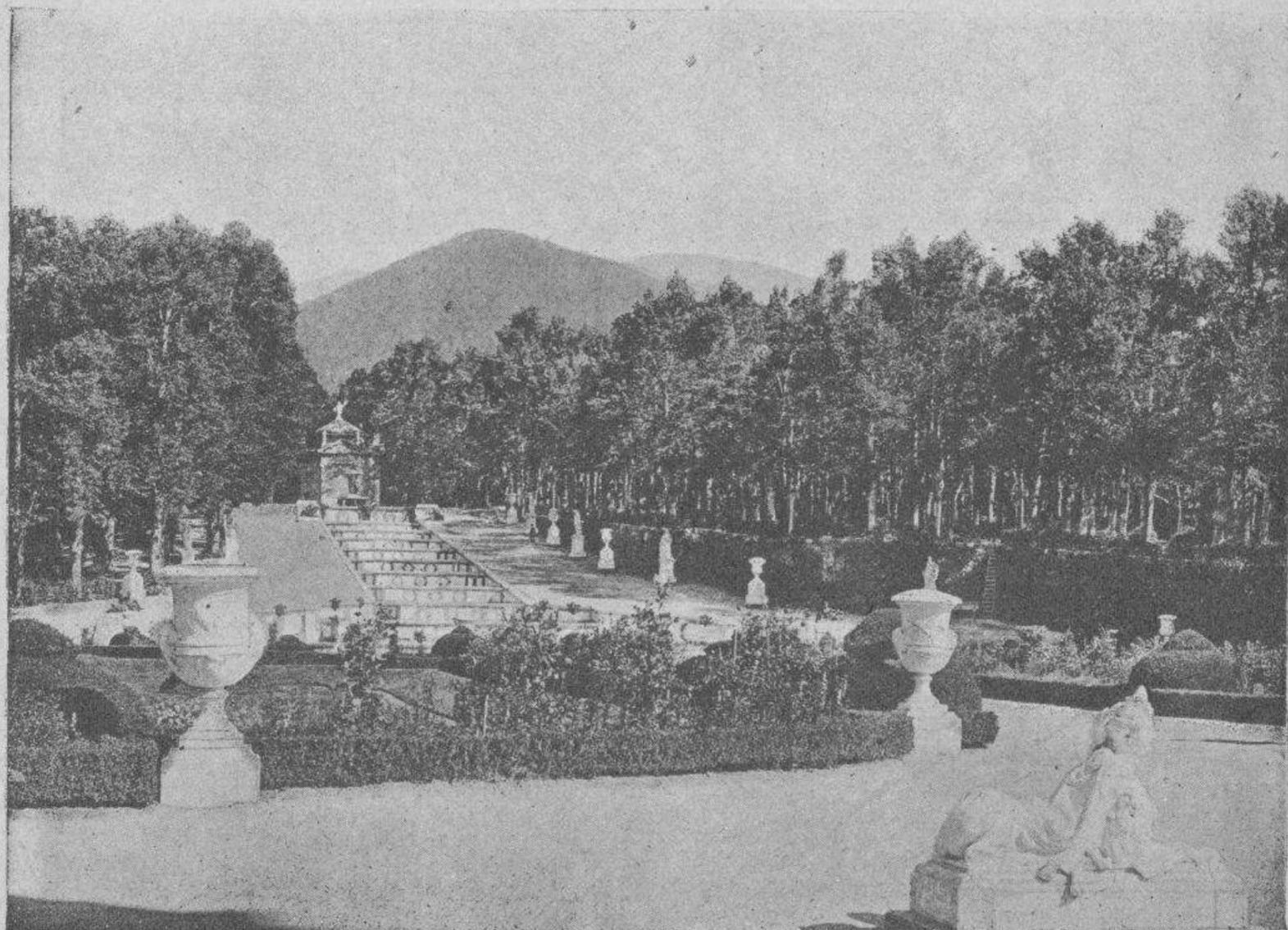
El padre ha presentado á la chica, vanamente también por supuesto, un sinnúmero de jóvenes enamorados de ella.

Entre otros ha presentado á los siguientes:

Un estudiante de último año de farmacia, que en cuanto sea doctor, abrirá botica en la calle más céntrica del pueblo.



LA COLEGIATA.



LA CASCADA NUEVA.

Fots. de Hauser y Menet.

• Un joven que está á punto de tomar las *primeras órdenes* y que cuelga los hábitos si la chica lo quiere.

Ella ha dicho que nones y el casi tan tonsurado asegura que se resignará á vivir con una ama de llaves.

Un caballero de 27 años, importante mayorazgo del distrito, que tiene asegurada la elección de *diputado á Cortes* merced á sus prendas personales á un talento prestigioso y á .. doce mil duros que ha repartido entre los electores.

Al hijo del alcalde de la localidad, muchacho finísimo y de tan exagerada educación que cuando sube á un tranvía saluda á los que están dentro.

Por este estilo le ha presentado, como he dicho, á yo no sé cuantos aspirantes á la mano de la cada vez más triste Edelmira.

Una tarde, en que sentada la hermosísima doncella al pie de un rosal, oía, entre sollozos, las exhortaciones del atribulado padre, la sorprendió esta voz del criado: «Señorita, visita. Esperan á ustedes en la granja, vengan en seguida.»

Padre é hija se encaminaron á la vivienda.

A la puerta de la casa estaba esperando Eduardo, bizarro teniente de infantería.

Vestía uniforme de rayadillo y ancho sombrero de paja cubría su cabeza.

—¿Eres tú?

—«Yo soy, tío; vengo á decir á ustedes adiós. Me voy Cuba á matar desleales. Y cuenta con que vuelvo con dos estrellas en la boca manga ó perezco en la manigua. Todo por la patria. ¡Viva España!»

Los ojos de Edelmira brillaban de felicidad.

El padre que la echó de ver, dijo entusiasmado:

—Ese es. Lo he descubierto, lo HE ADIVINADO.

—Sí, ese es,—repitió Edelmira,—ese es. Para él todo mi amor. La mujer de alma verdaderamente española, hoy por hoy no puede adorar más que á los héroes de Cuba.

Tomad el ejemplo de Edelmira, hermosas.

RAFAEL M.^a DE LIERN

VIAJE POR ESPAÑA. — SAN ILDEFONSO (La Granja.)



Fot. de Hauser y Menet.

VISTA GENERAL.

EL RESORTE DEL JUGUETE

—Padre, aquel gran caballo de madera,
que por la habitación solo corría,
en pedazos he roto el otro día
por saber qué resorte le moviera.

—¿Y has hallado el resorte?

—Nada hallo.

—¿Y después de trabajo tan penoso
qué ha conseguido al fin tu afán curioso?
Quedar con tu ignorancia y sin caballo.

Ha procedido al cabo tu inocencia
como los hombres que en su afán profundo
el secreto motor que anima al mundo
quieren hallar por medio de la ciencia.

Para ver el resorte del juguete
en cien pedazos lo rompió tu mano;
así también el pensamiento humano
quiebra lo que á su imperio se somete.

Descomponiendo va pieza por pieza
el mecanismo oculto de la vida,
y sin hallar la máquina escondida
rompe la forma, mata la belleza;

y cuando el hombre, de su afán vasallo,
cumplido juzga su deseo ardiente,
se queda como tú ¡pobre inocente!
con su antigua ignorancia y sin caballo.

MANUEL DE LA REVILLA

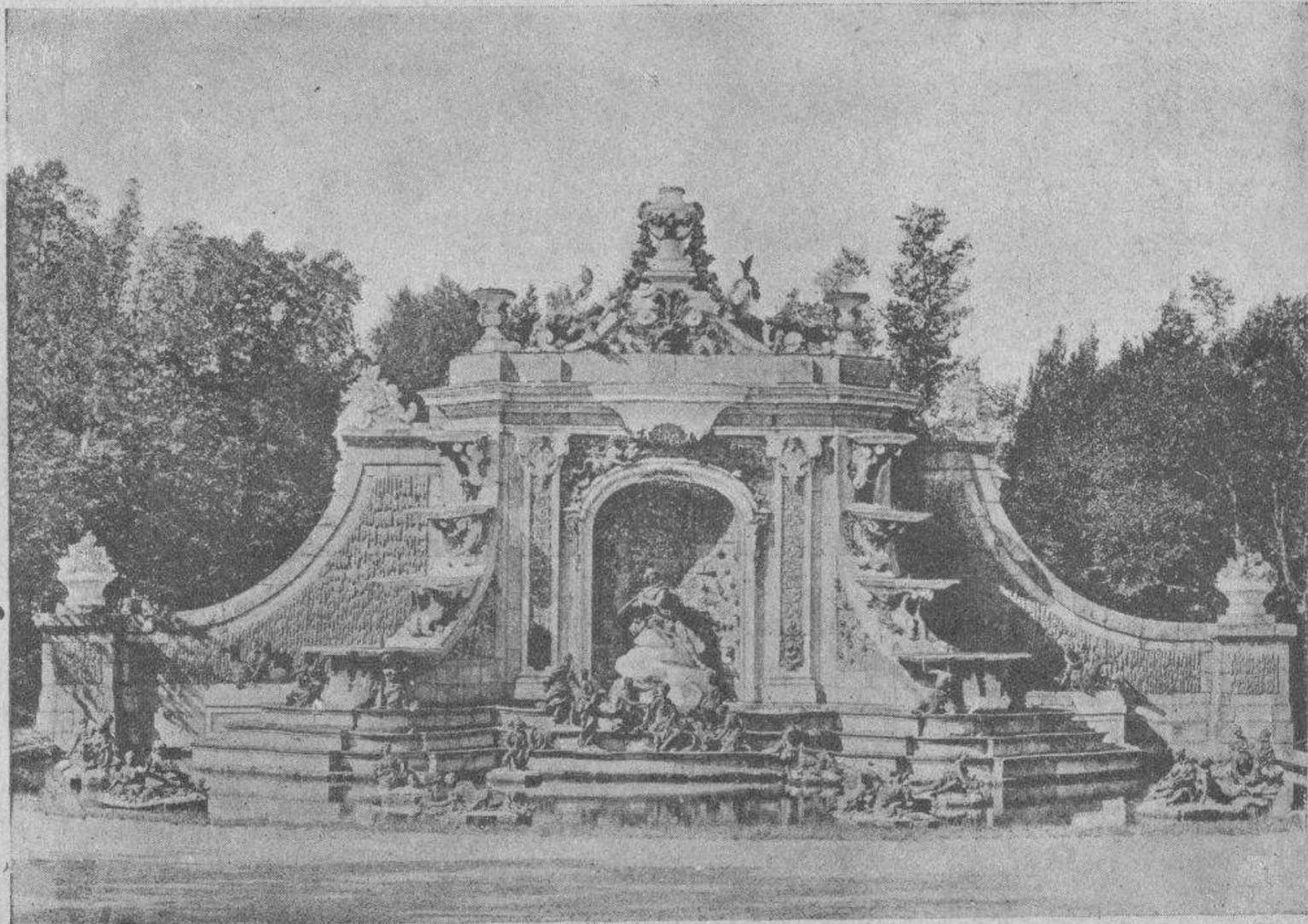
EN LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

¡Aquí está Dios! su espíritu increado
del puro incienso entre las nubes flota...
¡Aquí la cruz... sobre la lanza rota
del fiero Abderramán!
Baña la luna el ajimez calado,
y el viento que murmura tembloroso
tal vez finge el suspiro doloroso
del triste musulmán.

¡Ay! esa luna, de su rito emblema,
oyó cien veces la oración del moro;
secó ese viento de su pena el lloro
y dicha le dió en pos.
Hoy el cristiano, del Korán blasfema
y álzanse aquí sus cánticos de gloria...
¡Un Dios el héroe fué de esta victoria,
y el vencido... otro Dios!

MANUEL DEL PALACIO

VIAJE POR ESPAÑA. — SAN ILDEFONSO (La Granja)



LA FUENTE DE LAS RANAS.

Fot. de Hauser y Menet.

CANTARES

Un cantar bajó al pueblo,
No era mal mozo;
Pero el pueblo le dijo:
—No te conozco.

Siempre que cantas, acude
Un ruiñeñor á tu reja:
—«¿A dónde vas?» le pregunto;
Y él dice:—«Vengo á la escuela.»

Me quisiste cuando tuve;
Ya no tengo, y me desprecias;
Eres como la campana,
Que, si no le dan, no suena.

Llevan á los paseos
Muchas niñas de ahora,
Los vestidos muy largos,
La vergüenza muy corta.

Al balcón de tus ojos
La vi asomada;
Por esto sé que tienes
Hermosa el alma.

Esconderte de mis ojos
Para que te olvide, niña,
Es querer matar el hambre
Escondiendo la comida.



ENCANTADORA DE SERPIENTES, por Juan van Beers.

De la miel de tus labios
Dame una gota,
Que estoy malo y me amarga
Mucho la boca.

Cuando oigo las campanas
Doblar á muerto:
—¡Feliz (digo) la nave
Que entra en el puerto!

Los que en promesas fian
Son como el gallo,
Que antes de que amanezca
Ya está cantando.

Antes de hacerle la caja,
A un muerto avaro midieron,
Y el tuno encogió las piernas
Para que costase menos.

No te pongas colorada
Al pasar por este valle,
Pues como no tiene lengua
No contará lo que sabe.

En el cielo hay alboroto
Porque faltan dos luceros:
¿Sabes quién los ha robado,
Morenita de ojos negros?

La corriente del río
Tu imagen copia,
Que se ríe, se esconde,
Vuelve y se borra;
Yo digo al verla:
¿Si será así la imagen
De su firmeza?

Tengo yo un fiel amigo;
Me quiere tanto,
Que el bendito me empuja
Si me resbalo.

El lujo de esa pobre
Ya no me extraña;
Para vestir el cuerpo
Desnuda el alma.

El Otoño desnuda
Prados y bosques;
Pero Mayo los viste
De hojas y flores.
¡Ay, dicha breve!
¡Primavera del alma,
Tú ya no vuelves!

Darte quise mil besos
Por uno tuyo:
Tú por los mil no quieres
Darme ninguno:
Anda, roñosa:
¿Para qué te las echas
De generosa?

El que muere, con sus ojos
Parece que está diciendo,
Si es hombre sin fe:—*¡Hasta nunca!*
Si es hombre de fe:—*¡Hasta luego!*



AMANTES, por A. Binet.

En el árbol de mi vida
Las ilusiones cantaron:
Tiró el dolor de una piedra...
¡Ay de mi! todas volaron.

En la fuente de agua dulce
Que hay al pie de la montaña,
Cayó una lágrima mía...
La fuente se ha vuelto amarga.

En mí nació un mal deseo
Y al punto le di garrote,
Para impedirle que fuese
Verdugo de mi alma noble.

Las dichas del hombre duran
Lo que las olas del mar;
La que nace, muere al punto,
Y olas vienen y olas van.

Si al llanto pides consuelo
Y no consigues llorar,
Anda y sube á la montaña
Y desde allí mira el mar.

Al nido de tu boca
Se asoma un beso;
Mándale que las alas
Tienda á mi huerto.

VENTURA RUIZ AGUILERA



CATEDRAL DE FIRENZE, VISTA DESDE SAN MIGUEL.



ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL DE AREZZO, RICAMENTE ESCULPIDO EN MARMOL POR PISANO.

SONETOS

I

Hay junto á la ventana de mi estancia
un laurel de la sombra protegido,
en donde guarda un ruiseñor su nido
apenas de mi mano á la distancia.*

Y entre el verde follaje y la fragancia
celoso, ufano, amante requerido
dice su amor con lánguido quejido
y dulce y elevada consonancia.

Las horas de la noche, una tras una,
en sigilosa hilera, huyendo el día,
siguen el curso á la encantada luna...

Y en esta soledad, el alma mía
goza sin envidiar cosa ninguna
de su quieta y feliz melancolia.

II

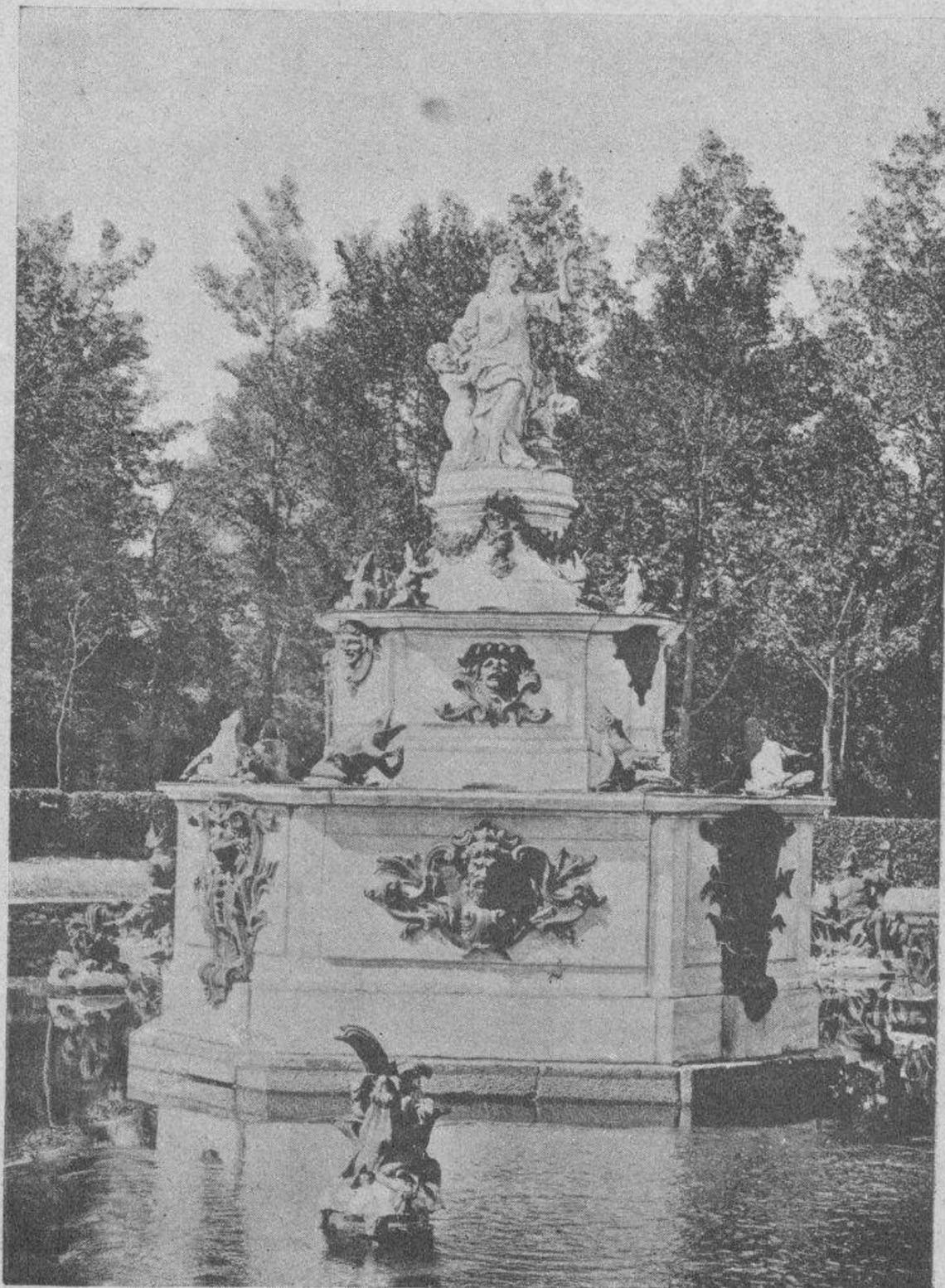
¿Qué fueron al gran Carlos las hazañas,
en la celda de Yuste recogido?
El quiso relegarlas al olvido
y ellas emponzoñaban sus entrañas.

Suele el que nace humilde en las cabañas
huir su techo y olvidar su egido
por el lucro del mar embravecido,
por el precio de sangre en las campañas.

Mas al noble varón que honró su historia
sin codiciar fortuna envilecida,
ni envidiar los pesares de la gloria,
un apartado albergue le convida
á esperar sin tormento en la memoria
la breve muerte de su larga vida.

ANTONIO ROS DE OLANO

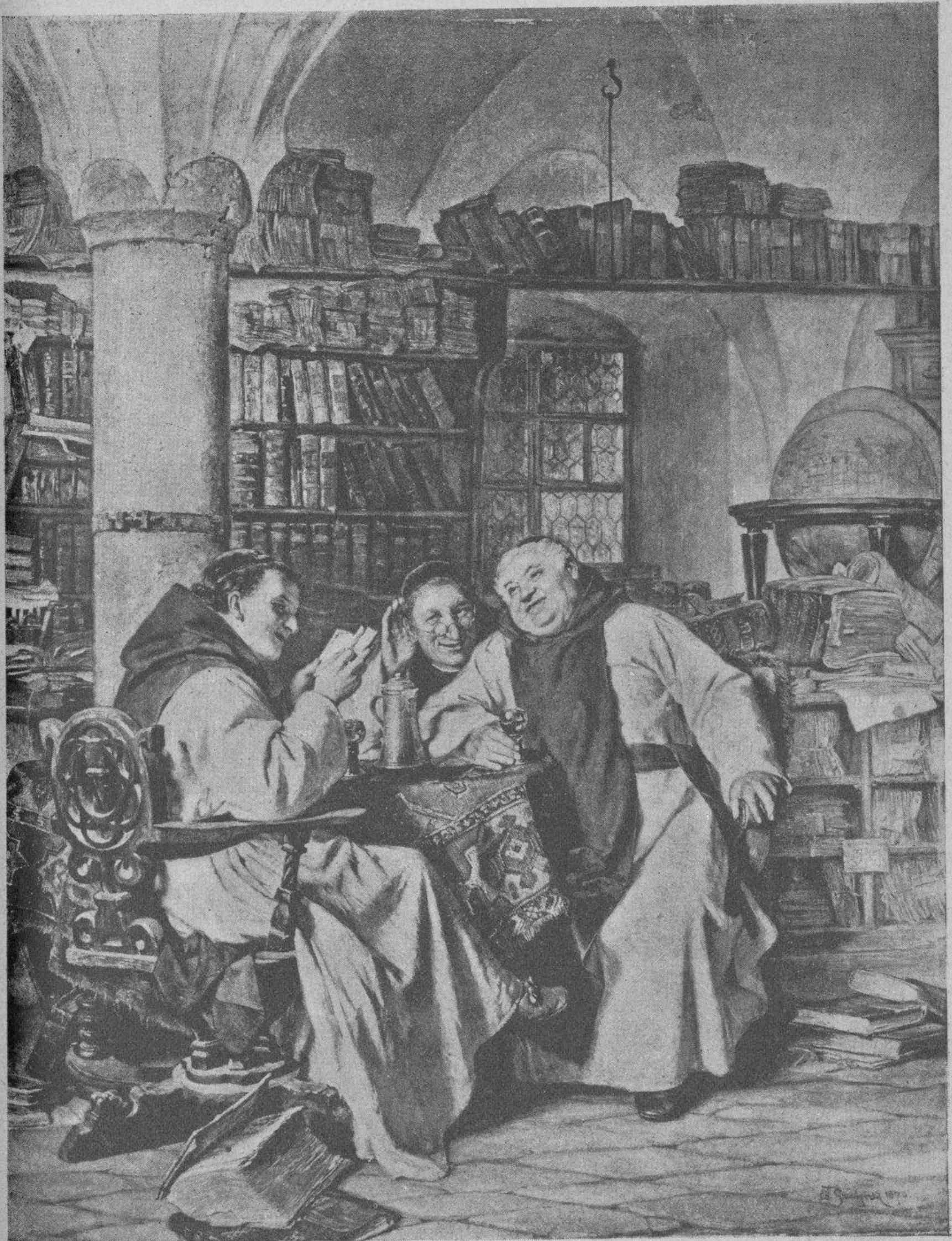
VIAJE POR ESPAÑA. — SAN ILDEFONSO (La Granja.)



Fot. de Hauser y Menet.

LA FUENTE DE LAS RANAS.

BELLAS ARTES



LECTURA DIVERTIDA, por Gruztner.

DE CALLEJEO

¿Qué tenía yo en las piernas? No lo sé. Una... una... vamos, que no me acuerdo cómo decía el médico. Lástima, porque hay palabras que visten mucho. Sea lo que fuere, yo sentía debilidad en las piernas y había que reforzarlas. Antes, cuando estaba bueno, mi mayor placer consistía en llegar á cualquier parte antes que el tranvía.

—Andar, andar mucho;—decía el médico—no pare V. nunca.

—Hombre, mire V. que voy á parecer el judío errante.

—¡Qué judío, ni qué calabazas! V. haga lo que le mandan.

—Y comer, también voy á comer andando?

—Andando ó de pie, como V. quiera. Sí, tómelo V. á broma.

—Bueno, bueno, va á pensar la gente que soy algún rezagado de aquellos israelitas que iban á la tierra de promisión.

—Déjese de tonterías. Dentro de poco me dará V. las gracias.

Y tenía razón mi pobre Galeno. Hace algunos días que voy buscándole para darle un abrazo ó más de uno. Porque se lo doy ¡vaya si se lo doy! Lo malo es que si le encuentro y alguien nos ve, va á tomarnos por señorito joven y criada guapa. ¡Por vida de los inconvenientes! En fin, que no se puede ser agradecido. ¡Tan buen resultado como he obtenido paseando! Hoy tengo dos piernas que no me las merezco. Ya quisieran tenerlas algunas bailarinas. Ya quisieran ser tan fuertes algunas columnas que vemos en obras de contrata.

Pero aun hay más. Gracias á mis correrías, tengo aquí dentro (adviento al lector que estoy con la mano en la frente) escenas y tipos que

pagarían á peso de oro algunos chicos que escriben cuentos naturalistas.

Mas como en el mundo todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes, y yo no se guardar secretos, cúpleme declarar, (este *cúpleme* no es mío, lo he tomado de un orador que cuando hayan pasado tres ó cuatro años valdrá mucho, ahora tiene diez no cumplidos). Bueno, pues, cúpleme declarar que he tenido también muy malos ratos.

Nada menos que, cierta mañana, delante de una fábrica me tomaron por un extranjero que venía á sobornar á nuestros infelices obreros.

—Ustedes van equivocados—les dije á dos ó tres individuos que parecían de la secreta—y sino, toquen ustedes... Es que... estoy enfermo y el médico dice que pasee.

Gracias á que en lugar de piernas se encontraron algo así como dos cañas de la doctrina.

En cambio una noche, me confundieron con un polizone nuevo. Iba ya á retirarme. No podía más y entré en... Me doy vergüenza de decirlo; pero era lo que más cerca tenía para descansar. Entré en una taberna.

—Este señor va á tomar dos copas á nuestra salud—dijo un individuo con honores de punto.

—Gracias, no tomo copas.

—He molestao?

—¡Ca, hombre! nada de eso.

—Es V. de la policía? y dispense la pregunta.

—¿Yo?

—Es que hay uno nuevo que no le conocemos.

—No hombre, no. Soy un infeliz, que tiene las piernas delgadas...

F. GIRALDOS ALBESA.



UNA ANTIGUA HISTORIA, por Alma-Tadema.

PERFILES y Bonomere



Esta semana voy á contar á mis lectores un cuento viejo que siempre resulta nuevo, porque tiene constante aplicación á casi todos los actos de la vida.

Será viejo para los que lo conozcan por haberlo oído ó leído; pero resultará nuevo para los que no lo conozcan.

Esta es una verdad de las llamadas de Pero Grullo, que no creo me rebata nadie.

Y va de cuento.

Pues, señor; érase una vez un arriero que volvia de una feria acompañado de su hijo y caballero de un hermoso borrico que le servía para sus tráficos.

Anda que andarás que nunca llegarás, iban camino adelante, cuando acertaron á pasar unos campesinos, y viendo al arriero cómodamente montado en su pollino y al muchacho caminando detrás jadeante y cansado, exclamaron:

—¡Qué falta de caridad y de consideración: el hombre montado y el pobre chico á pie! ¡No morirá del hígado el hombrachón!



Oyó esto el arriero, y algo mohíno y avergonzado, bajó del asno y díjole al muchacho:

—Sube, hijo, sube; no quiero dar que hablar á la gente.

Subió el chico y siguió detrás el padre pedibus andando.

Y anda que andarás que nunca llegarás, siguieron camino adelante un buen trecho.

Cosa de media legua habrían andado cuando hete aquí que otros caminantes que la misma ruta seguían, pero en dirección contraria, toparon con ellos.

También éstos quedaron mirando el grupo que formaban el arriero, su hijo y el asno, y exclamaron:

—Mira: el pobre viejo á pie y el muchacho á caballo.

Pensativo quedóse el hombre de nuestro cuento, viendo que también así daba que hablar á la gente, hasta que por fin acudióle una idea salvadora que, según él, resolvía el problema de dar gusto á todos.

La idea fué subirse los dos sobre los lomos del pollino y seguir de este modo el viaje.

Y anda que andarás que nunca llegarás, fueron avanzando por la carretera.

Pero hete aquí que á los cien pasos toparon con otros caminantes, y también éstos tuvieron algo que murmurar:

—Mira, — dijeron, — ¡pobre animal! Los dos sobre el enclenque borriquillo. ¡Qué brutos!

Ya algo amoscado el arriero no sabía cuál decisión





tomar, cuando se le vino á las mientes otra idea salvadora.

Hizo bajar á su hijo del jumento, bajó él también y continuaron así su camino.

Y anda que andarás que nunca llegarás, comenzaron á divisar el campanario del pueblo y el humo de las chimeneas de los hogares.

Y la gente, que pasaba por allí con mayor abundancia, se reía á mandíbula batiente del padre y del hijo.

—Mira, — decían, — mira si son bestias, llevan un burro y van á pie.

Y aquí termino el cuento, porque la historia no dice la nueva determinación del arriero.

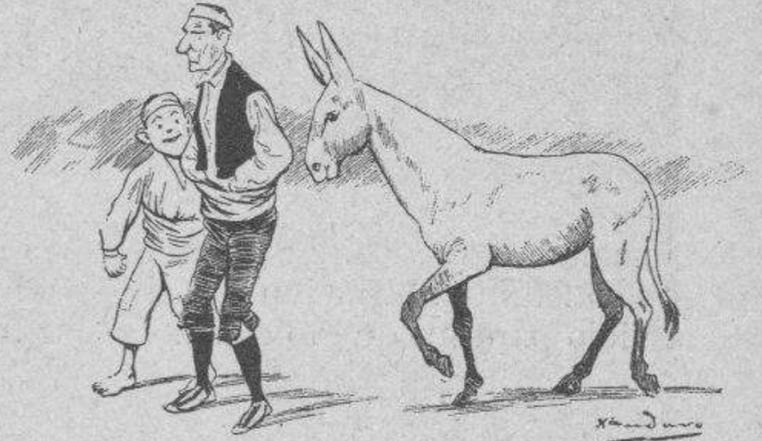
Esto, lector, te prueba que no es posible dar gusto á todo el mundo, y que por bien que obres, siempre habrá motivo para que te critiquen y te censuren.

Lo cual que lo mejor es no hacer caso de necias impertinencias ni de burlas tontas, y seguir nuestro camino sin apearnos de nuestro criterio, que sólo debemos amoldar á la moral Eterna y no al juicio de los hombres.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

VICENTE SUÁREZ CASAÑ.

Dibujos de XAUDARÓ.



EL RATON DE LA CORTE Y EL DEL CAMPO

Un Ratón cortesano
 Convidó con un modo muy urbano
 A un Ratón campesino.
 Dióle gordo tocino,
 Queso fresco de Holanda,
 Y una despensa llena de vianda
 Era su alojamiento,
 Pues no pudiera haber un aposento
 Tan magníficamente preparado,
 Aunque fuese en *Ratopolis* buscando
 Con el mayor esmero,
 Para alojar á *Roepan Primero*.
 Sus sentidos allí se recreaban:
 Las paredes y techos adornaban,
 Entre mil ratonescas golosinas,
 Salchichones, pernils y cecinas.

Saltaban de placer ¡oh qué embeleso!
 De pernil en pernil, de queso en queso.
 En esta situación tan lisonjera
 Llega la dispensera.
 Oyen el ruido, corren, se agazapan,
 Pierden el tino; mas al fin se escapan
 Atropelladamente
 Por cierto pasadizo abierto á diente.
 «¡Esto tenemos! dijo el campesino;
 Reniego yo del queso, del tocino
 Y de quien busca gustos
 Entre los sobresaltos y los sustos.»
 Volvióse á su campiña en el instante,
 Y estimó mucho más de allí adelante,
 Sin zozobra, temor ni pesadumbres,
 Su casita de tierra y sus legumbres.

FÉLIX MARIA SAMANIEGO

Ante el cadaver de... una desgraciada.

Marchita su inocencia venturosa
 tuvo la seducción por compañera,
 el hambre fué su triste consejera,
 su delito mayor nacer hermosa.

Ni vicio ni virtud le han enseñado,
 y en alas del destino irrevocable,
 ni aun sueños de placer le han recreado.

No tuvo ni una amiga bondadosa
 que dirigir su corazón supiera,
 ni un amor que sus ansias contuviera,
 ni el beso de una madre cariñosa.

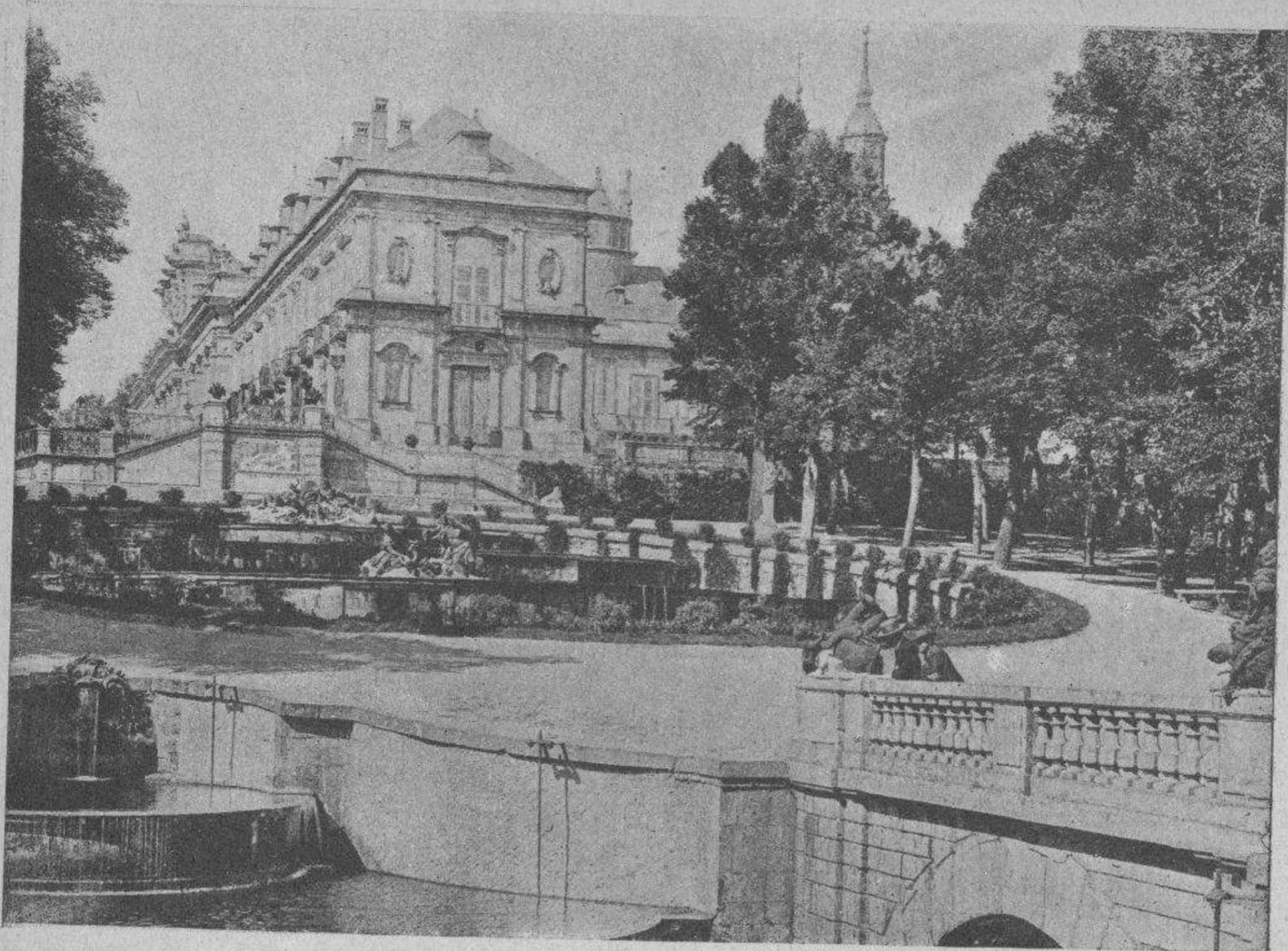
¿Quién debe reputarse más culpable,
 su corazón del mundo abandonado
 ó el mundo que le olvida miserable?

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

BELLAS ARTES



REVERIE, por Poetzelberg.



Fot. de Hauser y Menet.

LA FUENTE DE LA SELVA Y PALACIO.

MISCELANEA

Entró un paleta en un billar y después de estar un rato viendo jugar, preguntó á otro espectador que estaba á su lado:

—Diga usted, compañero, ¿y aquí quién gana?

—El que no juega.

—Señor doctor, hará V. el favor de pasar á ver á mi mujer...

—¿Qué tiene?

—Un abrigo enconado.

—¿Enconado? Pues ¿de qué era el abrigo?

—De varas de acebuche.

CENTRO DE SUSCRIPCIONES

A LOS PERIÓDICOS DIARIOS DE MADRID

Rambla del Centro, kiosco núm. 3, frente á la Plaza Real.

6 REALES AL MES, repartidos á domicilio ó recogidos en el kiosco á elección de los abonados.

Los suscriptores del *Heraldo de Madrid*, *La Correspondencia de España* y *El País*, tendrán obción á UN REGALO SEMANAL

Las suscripciones empezarán el primero de Octubre. — Pago anticipado.

Imprenta LA ILUSTRACION, á cargo de Fidel Giró. Paseo de San Juan, 168 — Barcelona.